Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

X Semana del Tiempo Ordinario

Viernes

Salmo 115

Invocaré, Señor, tu nombre. Dios, "El que es", se reveló a Israel como el que es "rico en amor y fidelidad" (Ex 34, 6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. "Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad" (Sal 138, 2; cf. Sal 85, 11). El es la Verdad, porque "Dios es Luz, en el no hay tinieblas alguna" (1 Jn 1, 5); El es 'Amor', como lo enseña el apóstol Juan (1 Jn 4, 8; CIgC 214).

Pero el Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos (cf. Ex 3, 14; 33, 19-23), pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: 'Jesús', 'Dios salva' (cf. Mt 1, 21). El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el Hombre y toda la economía de la Creación y de la salvación. Decir 'Jesús' es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el Resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que lo amó y se entregó por él (cf. Rm 10, 13; Hch 2, 21; 3, 15-16; Ga 2,20; CIgC 2666). *Invocaré, Señor, tu nombre.*

La santidad del nombre divino exige no recurrir a él por motivos fútiles, y no prestar juramento en circunstancias que pudieran hacerlo interpretar como una aprobación de una autoridad que lo exigiese injustamente. Cuando el juramento es exigido por autoridades civiles ilegítimas, puede ser rehusado. Debe serlo, cuando es impuesto con fines contrarios a la dignidad de las personas o a la comunión de la Iglesia (CIgC 2155).

Si nosotros vivimos bien, el Nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del Apóstol: "El nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones" (Rm 2, 24; Ez 36, 20-22). Por tanto, rogamos para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios (san Pedro Crisólogo, serm. 71)

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)